

EL AMOR EN LOS TIEMPOS DEL CORONAVIRUS

“Yo canto por el que no sabe escribir, por el que escribe versos de amor, para que se escuche mi voz, para ver si les hago pensar, porque quiero un mundo feliz y canto por si alguien me quiere escuchar” **QUE CANTEN LOS NIÑOS. – JOSÉ LUIS PERALES.**

LA LLEGADA

Desde la ventana de un avión, mientras observaba el panorama pude sentirme tan cerca de las nubes como nunca antes pude estar, imaginaba que saltaba de una a otra mientras bailaba con el amor sin imaginar si era un hombre o una mujer, un niño o un adulto, con cordura o locura tan solo volaba con mi mente imaginando que horas después aterrizaría en el país que me vio nacer y que tomaría mi agenda, comenzaría a trabajar en cada uno de los proyectos que me había trazado. Mi pasaje de retorno a Madrid, que se ha convertido en mi segundo hogar desde hace 5 años ya estaba planificado para el 3 de junio y apenas íbamos por el 9 de marzo, no había tiempo que dejar escapar.

Con solo dos maletas y el corazón lleno de ilusión abracé a mi hermano Omar que gentilmente me fue a recoger al aeropuerto Jorge Chávez de Lima, sin imaginar que nuestras sonrisas serían plenas y libres por última vez, sin pensar que nos esperaban noches de incertidumbre, pánico y que unas mascarillas nos robarían las alegrías, sin elucubrar que para darnos un poco de fe, optimismo y no desfallecer debíamos dejar de vernos y solo oírnos a lo lejos. En la mayor crisis de emergencia sanitaria global que nos ha tocado vivir a cada ciudadano en los cinco continentes, en los cuatro puntos cardinales, sin excluir al rey, al príncipe, al mendigo, al ateo, al cristiano, al soberbio, al humilde, al que camina en el camino ancho y en el angosto, o al que enrumba sus pasos por las tinieblas o la luz. El coronavirus llegó para quedarse por un tiempo indefinido y para dejar una gran huella, pero de muerte, olor fétido, dolor profundo, heridas, cicatrices abiertas, corazones sangrientos, noches de insomnio con tanto sufrimiento e impotencia de llevarse con extrema celeridad la vida de nuestros amigos y seres queridos. Un mal irrevocable como cuando miramos con asco un tatuaje feo y mal hecho en nuestro cuerpo, porque no existe laser alguno que lo pueda borrar, así ha sido

para mí de duro el proceso de la fase 1, 2 y 3 de un estado de dependencia emocional que me ha orillado a llorar queriendo y sin querer, sentir náuseas y escalofríos con cada heraldo negro que anunciaba el fallecimiento de alguna persona que tuve la suerte de conocer, simplemente supe admitir que el hombre propone y alguien más dispone, que puedo intentar reciclar lo bueno pero la frágil cobardía del ego humano, no funciona, no prevalece.

EL ANUNCIO

El estado de alarma se declaró legalmente en Perú el 16 de marzo, una semana después de haber llegado de España, de un momento al otro nuestras libertades estaban restringidas, desde acatar las normas dadas por el gobierno como que todo debía detenerse a las 6 de la tarde mediante un toque de queda nacional, no salir los domingos, y las mujeres acceder a ir a lugares imprescindibles como farmacias, bancos y supermercados los días martes, jueves y sábados. Fue como vivir un súbito apagón, como cuando te quedas suspendido en el aire, de pronto se agotó la esperanza, la agonía irreverente de no poder creer la realidad, de caer y no saber cómo levantarme y si acaso habría tiempo para eso, rogando a la luna, al sol, a las estrellas o al universo entero que me regale la misericordiosa oportunidad de sobrevivir a una pandemia que como un Titanic amenazaba con llevarse todo. Lo más fuerte fue el jaque mate del pasillo del destino, haciendo paradójicamente un intercambio cultural entre mis padres y yo. Ellos fueron a visitarme a mediados del mes de febrero para acompañarme en la presentación del libro: “De las sogas de la felicidad, el amor por ejemplo, para no vencernos nunca”, donde escribí una historia de amor, se realizó el domingo 16 de febrero en el cuarto piso del corte Ingles, en ámbito cultural, en Plaza Callao a unos metros de gran vía. Mis progenitores planeaban conocer un poco más la belleza del país Ibérico y quedarse una breve temporada, mientras yo debía cumplir compromisos laborales en Lima, pero vaya sorpresa amarga que me llevé al saber que el mundo estaba amenazado por el virus mortal Covid-2019 y que mis padres estarían solos al otro lado del Atlántico, en un país ajeno, donde son extranjeros que no conocen el sistema, además de que son mayores, que forman parte de la población vulnerable en alto riesgo, eso sí que me derrumbó, yo sola en la casa de ellos y ellos solos en mi piso de Madrid, sabiendo que son mis ascendientes me sentí más como su propia madre que como su hija, quería ir hacia ellos, desesperada a cuidarlos, a protegerlos, atenderlos, darles todo el amor que guardo en mi corazón como alguna vez cuando yo era niña ellos me lo dieron. Sin embargo ese

deseo solo pasaba de ser una alucinación al amanecer, después de cada noche de soledad contemplando el cielo, rogando y suplicando por sus vidas, intentando negociar dos veces mi vida por la suya, con la esperanza que el ángel de la guarda o el caído me oyeran y se conspirara un milagro. El amor a los padres puede más que todo lo que uno pudiera sospechar, fue allí que empezó mi verdadero calvario, contaba los días e imploraba a todas las fuerzas divinas que los mantuviera sanos y salvos.

LA SOLEDAD Y LA TRISTEZA

Nací en una ciudad pequeña, se llama Ica ya hace más de tres décadas, y soy nacionalista al cien por ciento, adoro mi país pero vivo en Madrid hace un tiempo y ha sido inevitable no amarla, no sentir su olor, sus raíces, su historia, lo exquisito de su comida, cultura, castillos y molinos que me recuerdan al gran Don Quijote de la Mancha, las muertes de España me han dolido en el alma y las he sentido como puñaladas en la espalda, en realidad tengo el corazón partido por todos los llantos que han sufrido tanto mis compatriotas como los españoles que me han albergado con tanto cariño y respeto y para quienes yo solo tengo mucha gratitud. Enterarme sobre las cifras de mortandad en las noticias fue devastador, era como recibir los clavos de Jesús en las palmas de las manos en el momento pleno de la crucifixión.

Vivir y sobrevivir en tiempos del coronavirus es intrincado pero vivir sola es más espinoso aún, yo como si fuera gitana, me la pasaba repasando recetas de hechizos, intentaba armar un escenario más gentil y no tan escabroso, tratando de hacer magia, para que tanta pesadilla no se convirtiera en una triste verdad. Después de imparables lágrimas, la música fue un buen refugio para ocultar mis hondas depresiones, reinventar una nueva profesión, ser cocinera por ejemplo y además repostera para poder endulzar mis amargos momentos, intenté de todo para olvidar, desde leer, ver series románticas y anhelar amar de nuevo o que algún caballero valiente se atreviera a quererme como nunca nadie me ha querido, pensando que quizás mi sueño de ser madre, ya no se haría realidad, porque se me iría la vida o se me pasaría el tren.

El confinamiento trajo las mil y una formas para no caer en la alfombra del salón de la casa de mis padres ahogada en lágrimas, preguntando ¿por qué? ¿Qué es todo esto? ¿Quién nos castiga así? ¿Y por qué tanta soledad en mi vida? Sintiendo el fracaso más cerca que el propio aire para respirar, tratando de esconder mis temores junto con las

almohadas que calmaban el ardor de mis rodillas cansadas de tanto clamar por un segundo de gloria.

EL AMOR Y LA SOLIDARIDAD

La pandemia sacudió a todos en mi país , creo que ningún presidente tenía un manual del cómo, cuándo, dónde y por qué se suscitaba todo el terror, ni los científicos, mucho menos los médicos, peor la OMS, nadie ha podido ni con todo su conocimiento, dinero y poder salvarse de ver a sus cadáveres en negras cloacas. Las largas e interminables colas en supermercados parecían escenas sacadas de novelas de un narrador de cuentos pero son situaciones verosímiles, fue en una de esas oportunidades donde me di cuenta que podía convertir mi lamento en un poco de hidalguía, mirando a quienes la estaban pasando peor que yo y mediante dos sentimientos que están adheridos en mí desde niña: el amor y la solidaridad, decidí volcar toda esa pasión que me nace de las venas en algo que pueda construir a otros para así poder tener una mejor, misión, visión y propósito de que realmente algo positivo se puede sacar de todo lo malo que nos ha tocado experimentar. La pobreza en Perú es abismalmente distante a la que se ve en el viejo continente, las carencias de América lastiman hasta las insondables entrañas, es simplemente indescriptible, entre los líos de corrupción que se han montado en los gobiernos, regionales y municipales de distintos ayuntamientos, han aprovechado la desgracia del prójimo, algunos políticos han hecho de las suyas, las promesas falsas de bonos de apoyo económico del gobierno me motivaron a voltear los ojos a los que casi nadie toma en cuenta , a los marginados y descartados de la sociedad. A todos los que se mueren de hambre y que deben por su propia seguridad y la de sus hijos mantenerse a buen recaudo sin salir de sus casas, pero al ejecutar eso ¿cómo hacían para conseguir algún ingreso para salir de esta insólita y devastadora situación? Exponiendo nuestras propias vidas un grupo de jóvenes y yo decidimos ser voluntarios, tratando de convertir lágrimas en sonrisas de niños con cáncer, adultos mayores abandonados, mujeres maltratadas que son madres solteras, que viven del día a día, que no tienen ahorros, que ni siquiera tienen cuentas bancarias porque hasta sus nombres han quedado en la tierra del olvido. Escalamos los más altos cerros, tal cual hazaña de dar vueltas a los muros de Jericó para llevar algo de humanidad para aquellos que en pleno siglo XXI no tienen agua ni luz, ni una casa, ni un techo, menos un hogar porque sus viviendas son de una madera muy fina y débil, sus ventanas son de cartón y de plástico, sus muebles pedazos sólidos de tierra y la mesa del centro una sucia roca grande. La bajeza de algunos

políticos peruanos la tratamos de enmendar embarazándonos de algo llamado empatía y solidaridad.

MUERTE Y NACIMIENTO

Después del óbito, del deceso cremado y de un cementerio desolado, todo tiene un comienzo una fuerza de voluntad que debe explosionar en energía que nos haga dejar un legado a las nuevas generaciones, que mediante el arte podemos dejar un mensaje de lo que nos tocó vivir pero también asumir qué fuimos capaces de hacer para marcar la diferencia. No hay duda que nos ha cambiado la forma de vivir, de manera cuantitativa y cualitativa ya nada será igual pero solo de nosotros dependerá hacer de la tierra de los huesos secos un jardín de rosas y profetizar que los cuerpos que yacen en los escombros pueden reconstruirse, renacer, regenerarse para que así como en las parábolas, los nervios, músculos, mente, carne, espíritu y cuerpo puedan generar una metamorfosis y mutar a lo mejor que tenemos en nuestro interior y ser ciudadanos más nobles. No debemos olvidarnos nunca lo que nos ocurrió, lo que el viento se llevó y que se grave como leyenda todo lo que tuvimos que hacer para conseguir mantenernos aun en nuestro planeta y lograr un cambio radical. El cambio de la agenda 2020 que nos enseñe a no volver a pensar solo en nosotros sino también en los demás. A meditar siempre en plural y ya no en singular.

Y aunque yo no canto ni encanto, quiero levantar mi voz por todos los que ya no están hoy aquí, pero que sus nombres y sus sombras van a quedar perennizadas y escondidas detrás de cada una de las hojas de los arboles cuando llegue el otoño, acompañándonos hasta el final y cada vez que veamos una alameda recordemos lo que un día nos tocó sufrir. Zully Pinchi.